

(Núm. 25)

SAINETE NUEVO

TITULADO

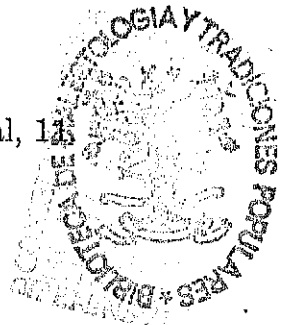
EL CRIADO FINGIDO

POR F. F.

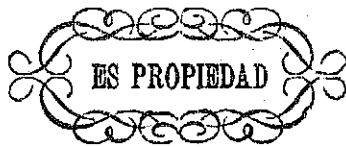


MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11



M. 60. 218



SAINETE NUEVO

TITULADO

EL CRIADO FINGIDO.



PERSONAS. { D. JUAN, padre de
 { ASUNCION.
 { D. CARLOS.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada.—Aparece Asuncion sentada en un sofá, frente de un espejo.

Asun. ¡Cómo me miraba ayer
aquel noble caballero!
Parece que en él espero
encontrar yo mi placer.
¿Hay cosa más deliciosa,
que cause más alegría;
que sin cesar noche y día
cirse llamar hermosa?
Ya sé que esto es vanidad,
ensueños del corazón;
pero los ensueños son
gratos cual la realidad.
Quince años yo he pasado
en mi tético retiro,
y ahora siempre suspiro
porque un jóven me ha mirado.
¿Será amistad, será amor,
lo que siente el alma mía?
Vuelva pronto la alegría
y huya léjos el dolor.
Cuando salga hoy á paseo,
de mi padre acompañada,
tal vez logre una mirada
del ser cuya imagen veo.
¡Pero siempre aquí metida!
¿Cuándo podré yo salir,
y con mi amante vivir
n una tranquila vida?

De mi padre no me explico
ese afán por encerrarme...
lo que debiera es casarme...
siendo un opulento rico.
Puede unirme con mi dueño,
por quien siento tal pasión...
más, cállate, corazón,
porque esta idea es un sueño.

Sale D. Juan.

Juan. Asuncion, la peinadora
te aguarda: que tengas seso...

Asun. Bien, papá; mas dame un beso.

Juan. Toma mil (es seductora).

(Se besan.)

Mas vete á arreglar te ruego.

Asun. Voy al punto (¡ay si á mi amante
le besara en este instante,
fueran mis besos de fuego!...)

(Vase.)

Juan. ¡Cuánto cuesta una mujer!...

Un duro para peinarla;
mil reales para adornarla...

Llaman á la puerta.

¡Mas, llaman! Quién podrá ser?

Abre la puerta: sale D. Carlos vestido con chaqueta y gorra.

Cárlos. El señor D. Juan Tomillos ¿está en casa?

Juan. Sí, yo soy.

¿Qué se ofrece?

Cárl. (Viendo voy)

que tiene malos humillos).

Yo, señor, soy enviado por su primo don Crispín, el marqués del Espolín, para ser de usted criado.

Juan. (Empieza á gustarme el mozo).

¿Cuánto salario quereis?

Cárl. El que queráis me dareis.

Juan. Admito.

Cárl. (Salto de gozo).

Juan. Nos avendremos no dudo; mas os quiero yo advertir que si aquí quereis servir, habeis de ser sordo-mudo. Tengo una hija que es portento de virtud y de hermosura: es la mejor criatura que está bajo el firmamento. Escuchadme un solo instante con mucha atencion, buen hombre; lo que os diga no os asombre, pues yo hablo claro... adelante.

¿Quereis en mi casa estar?

Cárl. Lo anhela mi corazón.

Juan. Pues debeis sin dilacion vuestro bigote quitar.

No quiero pelo en la cara de quien vive junto á mí.

Cárl. (¡Asuncion, lo haré por tí!)

Juan. Es una manía rara.

¿Acceptais?

Cárl. Acepto.

Juan.

ya podeis aquí sentaros; yo mismo voy á afeitaros. (Muy humilde el jóven es).

Pues

(Vase.)

Cárl. ¡Ay bigote de mi vida!

Por fin te debo perder...

¡Cuánto puede una mujer, si esta mujer es querida!...

Otro remedio no habrá...

Mas dejar mi cara lisa...

Pero si es cosa precisa para aquí vivir...

Sale D. Juan con una bacía, jabón y tohalla.

Juan. Ya está.

D. Juan se quita la levita, y pone la tohalla á Carlos: le remoja y afeita con una navaja de no regulares dimensiones.

¿Hace daño?

Cárl. No señor.

Juan. Ya sé que vais á estar bien.

Cárl. (Me toca decir amen si quiero alcanzar mi amor).

Acaba D. Juan de afeitar á Carlos y se lleva los chismes. Carlos recoge el pelo de su bigote, y lo envuelve en un papel: se mira en un espejo.

Cárl. ¡Qué fachal! ¡Jesus qué fachal!

¡Qué figura hago más rara sin un pelo en esta cara!...

¿Mas dónde está la muchacha?

Sale D. Juan.

Juan. Pues ya os hallais admitido, decidme ¿cómo os llamais?

Cárl. Carlos.

Juan. Pues bien: á oír vais todo vuestro cometido.

Todos los dias temprano,

Carlos, os levantareis;

á misa con mi hija ireis, como hacer debe un cristiano.

El mundo lleno de escóites

esta es gran desventura!
 Vigilad que con ternura
 no hablen á mi hija los pollos.
 Hoy día la juventud
 sólo piensa en el gozar,
 pretendiendo atropellar
 hasta la misma virtud.
 ¡Y lo logra por desgracia!
 mas si mucho vigilamos,
 que se esparrame evitamos
 del veneno la eficacia.

Cárl. Yo por mi parte, señor,
 lo que pueda haré.

Juan. Lo creo:
 es noble vuestro deseo:
 yo os pagaré este favor.

*Salen Asuncion bien peinada vestida á
 la negligé.*

Juan. Ven, hija mia, Asuncion:
 tu servidor te presento.

Asun. Es un jóven muy atento...
 (Mas... qué tienes, corazón!)

Cárl. Sólo pretendo dar gusto
 á mi bella señorita.

Asun. (El corazón me palpita...)

Juan. Bien, Carlos, esto es muy justo,
 pero ya podéis venir;
 la casa os enseñaré;
 luego despues os diré...

Cárl. (¿Pues qué me querrá decir?)

*Carlos saluda á Asuncion, cuya mi-
 rada miraba, encontrándose, hace ru-
 borizar á esta.—D. Juan y Carlos
 se van.*

Asun. Corazon, ¿qué tienes, dí?
 ¿Qué te pasa, corazón?
 ¿Á qué viene tu aficcion?
 ¿Por qué tanto frenesí?
 Amar á Carlos no quiero...
 jamas querré yo á un criado:
 no tan mal me han educado:
 ¡si fuese algun caballero!..

Pero, y cómo yo lo hare?
 El conocerá mi amor...
 Pues bien, siempre con rencor,
 y sería le trataré.
 Por que... ¡no faltaba más!...
 Pero... mi pecho suspira...
 Carlos es, si bien se mira,
 hombre como los demás.
 Pero ¡cál gasta chaqueta...
 si al menos fuese levita...
 Esta idea, sí, me irrita.
 Pues bien, voy á ser coqueta.
 Gasta gorra, no sombrero;
 en vez de botas, zapatos...
 no, no quiero entrar en tratos
 con quien no es un caballero.

Salen Carlos.

Cárl. Señorita...

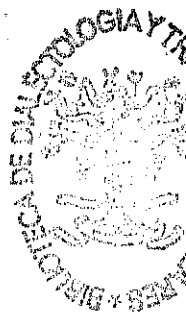
Asun. ¿Qué querets?
 (Con enojo.)

Cárl. A saber órdenes vengo.

Asun. Ninguna que daros tengo:
 marcharos de aquí podéis.

*Vase Carlos: pero se esconde en la al-
 coba, haciendo como que arregla los
 muebles.*

Asun. ¿Qué es esto que por mí pasa?
 ¿Qué siento yo en mi interior?
 Es el fuego del amor
 que mi corazón abrasa.
 Ovidar no puedo ya
 su imágen fascinadora;
 mas, que mi pecho lo adora,
 jamás por mí lo sabrá.
 Tal vez él se burlaría
 de esta mi debilidad...
 ¿Quién sabe si mi beldad
 también le enamoraría?
 Pero... y aunque fuese así,
 ¿qué alcanzaré? nada, nada;
 aunque por él fuese amada
 no cesára el frenesí.



Salte D. Juan.

Juan. Asuncion...

Asun. Papá...

Juan. ¿Qué tienes,
que estás tan descolorida?

Asun. Es que me encuentro aburrída.

Juan. Ideas tristes mantienes,
y ellas te harán padecer;
Asuncion, ya niña no eres.

Asun. (Quisiera gozar placeres,
por que al fin... ya soy mujer.)
Estoy ya más aliviada.

Juan. Tú no me engañas á mis
dime lo que pasa en tí.

Asun. Papá, si no tengo nada...

Juan. Hija mía, ya te creo:
harás lo que te convenga.
Arréglate, y cuando venga
nos iremos á paseo.

*D. Juan toma el baston y el sombrero, y
dando un beso á Asuncion, se vá.*

Asun. Gracias que sola me quedo;
así podré cavilar:

á Carlos quiero olvidar;
pero, Dios mío, no puedo.
¡Yá se vé, si es tan hermoso,
tan galante y tan apuesto!
Pero, corazón, ¿qué es esto?
te has vuelto muy generoso.

Mas, si se parece tanto
al jóven que me miró...
No tengo la culpa yo
si mis ojos vierten llanto. (*Llora.*)
¡Cuánto daña al corazón,
amor mal correspondido!...

*Asuncion se sienta en el sofá reclina-
da y con la cabeza apoyada en la
palma de la mano; sale Carlos, y se
arrodilla á sus piés.*

Cárl. Aquí á tus piés, Asuncion,
me tenéis.

Asun. Alza, atrevido
castigaré tu insolencia.

Cárl. Escúchame por piedad:
me enamoró tu beldad.

Asun. Máchate de mi presencia.

Cárl. Asuncion, oye con calma...

Asun. Carlos, no te quiero oír.

Cárl. Lo que te voy á decir
es el lenguaje del alma.

Yo soy todo un caballero,
Marqués de Casa-rumiantes:
gasto botas, gasto guantes;
gasto frac, gasto sombrero.
Yo me enamoré de tí,
y para poder hablarte...

Asun. Tuvistes que disfrazarte...
Ven, Carlos, ven junto á mí...

(*Con mimo.*)

Cárl. Cuando un hombre como yo
se rebaja de su estado
hasta servir de criado,
es que Cupido le hirió.

*Siéntase Carlos al lado de Asuncion, y
le coje las manos.*

Cárl. Y es tan profunda la herida
que tengo en mi corazón,
óyeme bien, Asuncion,
que acabará con mi vida.
Si no me puedes amar,
claro lo puedes decir:
nada me importa el vivir
si no te puedo lograr.
Dime una palabra sola
negativa con presteza,
y al momento mi cabeza
me abro con esta pistola.

*Carlos se aplica una pistola á la sien
Asuncion le retira el brazo con cariño*

Asun. ¡Ay Carlos, si esto es verdad,
volverá en mí la alegría:
tuya será noche y día
mi poca ó mucha beldad.

Tú serás, mi dueño amado,
Cárlos mio cariñoso,
de esta infeliz tierno esposo...

Cárl. Soy el más afortunado.
Ya no nos separaremos,
yo te lo juro, Asuncion:
los dos en un corazón
para siempre viviremos.
A tí el mío te daré;
el tuyo mío será:
ni el tiempo romper podrá...

Abrazanse los dos, y en esta postura les encuentra D. Juan que sale de repente, quien se queda como el que ve visiones.

Asun. ¡Mi padre!...

Cárl. Tu padre... ¿y qué?

Juan. ¿Qué es esto?

Cárl. Nada, señor...

Juan. ¿Cómo, nada?

Cárl. Lo repito.

Juan. Pues sepa'usted, señorito,
que es usted un seductor.

(Con cólera.)

Cárl. Pues lo tomáis tan formal...

Juan. La paciencia se me acaba...

Cárl. Os diré que le enseñaba
física experimental.

Juan. Cárlos, eres un tunante...

Cárl. Señor, no me causa pena,
por que sé que es obra buena
enseñar al ignorante.

Juan. Tanta cháchara acabemos.

Cárl. Soy de la misma opinion.

Juan. Explicáte, en conclusion,
á ver si nos entendemos.

Cárl. Es muy fácil.

Juan. Pues empieza.

Cárl. Como usted guste, señor:
por Asuncion siento amor...

Juan. Vaya que eres buena pieza.

Cárl. Basta ya tanto redec:
si las cosas tan bien van,
esto acabará, D. Juan...

Juan. ¿En qué?

Carl. En un himeneo.

Juan. Luego lo vereis, tunantes;
os habeis de mí burlado...

Levanta el palo y Asuncion le detiene.

Asun. Es el señor, no criado,
marqués de Casa-rumiantes.

Juan. Señor marqués...

Cárl. ¿Que se ofrece?

Juan. Os ruego me perdoneis.

Cárl. Cuando el permiso nos deis,
entónces.

Asun. (Más mi amor crece).

Juan. Lo doy en este momento.

Cárl. ¿Tú que dices, Asuncion?

Asun. Que es tuyo mi corazón...

Juan. Salto y bailo de contento...

Todo un marqués hoy se casa
con mi hija; famosa bodal
Público, si te incomoda,
retírate ya á tu casa,

No es justo que dos casados
pasen tan solemne día
su conyugal alegría
por curiosos vigilados.

Sé tú feliz, Asuncion;
sélo también tú, marqués:
sea para siempre, pues,
feliz vuestro corazón.

Cárl. Papá-suegro...

Juan. ¿Qué queréis?

Cárl. Una cosa no muy rara...
que tener bello en la cara
me permitais. Ya lo veis,
es una vision ridícula
tener el rostro pelado...

Juan. Guarda, marqués amado,
á que pase la canícula.
Si descas saber el dote...

Cárl. ¿Para qué lo he de saber?
He ganado una mujer,
y he perdido mi bigote:
lo que perdí, volveré,

porque m. cara Asuncion,
con besos de su pasion,
de vello mellenará.
Es un ángel mi mujer,
mejor qiré, mi Asuncion,
es su amante corazon
una fuente de placer.
Para ahuyentur el dolor,
para calmar el quebranto,
para enjugar nuestro llanto
no hay cosa como el amor.
Sin él qué seria el mundo?
Sólo un árido desierto,
una masa, un cuerpo yerto,
un malestar muy profundo.
Jamás habría union
en esta mísera tierra,
pues solamente ódio y guerra
ocupára el corazon.
Es una chispa de amor;

del Eterno desprendida;
es el imán de la vida,
néctar vivificador:
es quíen nuestras penas calma,
la atmósfera purifica;
es la perla que hay más rica;
es el rocío del alma.
Público, oye por favor:
somos frágiles criaturas,
cuando tantas mil locuras
obliga á hacer el amor.
¿Vámonos, esposa amada?
Asun. Donde quieras, tierno esposo
Mas fuera yo afortunada
si el público generoso
dispensára una palmada.
Carl. Sin duda te la daré
con mucha facilidad,
¿pues quién á tanta beldad
nada negarle podrá?

FIN.

